

HAYDEN REGRESA

Josué David Zavala Moquillaza

Ica

Joaquín y Sofía se habían convertido en miembros del Oráculo Matemágico. Estaban muy emocionados por aprender y saber cada día más. Mao, Amunet, Noris, Alyssa y Ferdinando se llevaron muy bien con los hermanos.

Una semana después de la llegada de Joaquín y Sofía al oráculo, todos dejaron de lado los duelos por un tiempo y se esmeraron en un nuevo invento: la máquina del tiempo. Para muchos, esto es totalmente imposible, pero ellos decidieron utilizar la clásica teoría general de la relatividad de Albert Einstein, uno de los genios matemáticos más asombrosos del mundo. Aunque no lo crean, partiendo de esta teoría, en poco menos de dos semanas ya habían finalizado la creación de este nuevo invento cuyo propósito era revolucionar a la humanidad. La máquina del

tiempo funcionaba a la perfección y, al notarlo, Mao exclamó con mucha emoción:

—¡Funciona! ¡La máquina del tiempo funciona!

Los mellizos chocaron las palmas de sus manos mientras bailaban de felicidad. Al ver esto, Amunet soltó una pequeña carcajada y se dibujó una sonrisa en su rostro.

—¡Hasta que todo el arduo trabajo dio frutos! —exclamó Ferdinando.

—¡Felicitaciones a todos! —dijo Noris, y Alyssa se unió al baile de Sofía y Joaquín.

Todos estaban celebrando muy alegres por cómo lucía la máquina, cuando esta, de repente, absorbió de la nada a Ferdinando, como si de un espagueti se tratara... ¡El viaje en el tiempo falló y Ferdinando se esfumó!

Todos pensaban que estaba perdido en el tiempo, pero la verdad era que Ferdinando no había viajado a ninguna época ni lugar, sino que había viajado a otra dimensión. Él se encontraba en la dimensión matemágica, el lugar de donde provenían todos los conocimientos y seres mitológicos.

—¡Noooo! —gritaron todos.

—No puede ser, no puede ser —se lamentó Joaquín repetidas veces.

—¡Tiene que regresar! —gritó Sofía.

—No hay forma —dijo Mao, sollozando.

—¿Eso quiere decir que lo perdimos? —preguntaron Joaquín y Sofía al unísono.

Por su parte, Amunet, Noris y Alyssa, con mucha pena, trataban de consolar a los niños, mientras Mao intentaba traer a su amigo de vuelta, aunque, en el fondo, dudaba de que hubiera posibilidad alguna de rescatarlo.

Mientras tanto, Ferdinando se encontraba en una completa oscuridad, no veía nada, lo único que podía distinguir era una leve luz que poco a poco iba creciendo y envolviéndolo. Mientras más crecía la luz, más brillante se hacía y el intrépido viajero más se asustaba. De pronto, apareció en un lugar que lo dejó sin aliento...

Se encontraba en la maravillosa dimensión matemágica, un lugar más grande y más variado que nuestro propio uni-

verso, un lugar increíble lleno de cascadas, islas flotantes, templos y castillos, poblaciones, bosques y muchísimo más.

Con la boca abierta por la gran impresión, iba explorando todo a su alrededor. Encontró muchas aves, mariposas y zorros, los cuales eran criaturas sabias y hermosas que no parecían de este mundo, y es porque, literalmente, no lo eran. Ferdinando continuó andando y encontró un templo, el Templo del Saber, donde antiguamente se reunían los más sabios matemágicos como lo hace la nueva generación del oráculo. En el templo encontró información muy valiosa, aunque lo que más le llamó la atención fue que existía la posibilidad de crear héroes matemágicos y plasmar sus almas en cartas legendarias. Lamentablemente, la sala donde encontró el pergamo con este secreto estaba muy desordenada; tanto, que parecía que alguien hubiera estado ahí tratando de sabotearla o de encontrar algo. Ahí estaba Ferdinando tratando de entender qué había sucedido cuando, de pronto, de la oscuridad salió un zorro que se quedó



mirándolo fijamente a los ojos, como intentando decirle algo. Ferdinando sintió un horrible escalofrío que le recorrió la espalda y tuvo una visión en la que Hayden Crane leía con una mirada perversa el pergamo, lo roba y desordenaba todo el lugar para que fuera difícil encontrar algo ahí. En la visión, Crane iba a un laboratorio cercano, donde le esperaba su ayudante; sacaba un mazo de cartas en blanco y recitaba un conjuro: “¡Guerreros, os invoco en su estado más malvado y a mí, solo a mí me servirán!”

Mientras todo esto ocurría, Mao trataba de arreglar la máquina y traer a su amigo de vuelta, pero de pronto la máquina del tiempo absorbió a todos y experimentaron lo mismo que Ferdinando. Del otro lado, este veía cómo, después del conjuro de Hayden, aparecían siluetas de guerreros matemágicos de tono rojizo, las cuales eran absorbidas y plasmadas en las cartas.

Los chicos encontraron a Ferdinando que estaba inmóvil viendo cómo cada vez se creaban más guerreros

malvados y, justo cuando se le iba a revelar el más grande de los secretos, le tocaron su hombro.

—¿Ferdinando si-sigues vivo? —dijo la temerosa voz de Mao, acompañado de Joaquín, Sofía y y los demás.

—Sí, chicos. ¡Sigo aquí!

Justo en ese momento, el techo del templo se rompió y de él saltaron tres guerreros incas que raptaron a todos por orden de Hayden... Felizmente, Sofía y Joaquín se salvaron por un pelo.

—¡Oh no! —dijeron los hermanos al unísono.

—¡No perdamos más tiempo Sofía, hay que perseguirlos.

—Pero Joaquín, van demasiado rápido... ¡Ya sé! Subámonos a esas águilas y vayamos volando, literalmente

—¡Buena idea! —exclamó Joaquín.

Con ayuda de las aves, lograron alcanzar a los guerreros para rescatar a sus amigos, pero a lo lejos vieron a Hayden que les hizo una señal para que bajaran. Una vez en tierra, con una voz burlona Hayden les dijo:



—Hola, hola, hola, niños. Veo que vinieron inútilmente a rescatar a sus patéticos amigos, pero les aseguro que no ganarán y me apropiaré del Oráculo Matemágico. Además, qué chance tienen, solo son niños indefensos.

—¡Te equivocas Hayden! —interrumpió Joaquín—. ¡Solo eres un necio, no sabes aceptar tu derrota!

—Eso ya lo veremos. Ustedes creen que solo tengo en mi poder a tres guerreros incas, ¡pero no! ¡Tengo a cientos de guerreros que los vencerán! Les reto a un duelo matemágico, qué dicen.

—Bueno... si es la única manera de rescatar a nuestros amigos, lo haremos. —respondió Sofía.

—Recuerden: si gano, el oráculo es mío y sus amigos mis esclavos, ¿de acuerdo?

—¿Y qué pasará si ganamos, Hayden? —preguntó Joaquín.

—Bueno, no es necesario decir eso, básicamente porque no ganarán. ¡JAJAJAJAJA! —se rio Hayden, con una risa macabra.

—Y ahora, ¡que comience el duelo, niños! —dijo. En ese momento, se levantó del suelo una piedra con símbolos brillantes que servía como mesa y los tres recibieron sus mazos de cartas. Joaquín y Sofía empezaron en su turno y tomaron sus cartas, luego invocaron al General Inca con su habilidad furiosa para luchar en el campo. Por su lado, Hayden empezó con el Teniente Inca, el cual fue vencido por el general. Los niños invocaron a la Lancera Inca lista para luchar acompañando al general, pero Hayden interrumpió el juego:

—Ahora sí tomaré esto en serio —y enseguida, invocó tres cartas: el Gran Maestre, el General Romano y la Guerrera Inca.

Los tres juntos acabaron con el general y la lancera y a los hermanos no les quedó de otra que sacar nuevas cartas e invocar a todos los guerreros que pudieran para vencer a Hayden. Sin embargo, era muy difícil vencerlo, pero mejorando sus estrategias los niños pudieron recuperarse poco a poco y al final, quedaron cinco cartas por cada equipo:

Joaquín y Sofía con el Gran Maestre, la Lancera Inca, el General Inca, el Teniente Inca y la Guerrera Inca, y Hayden armado de Soldados Romanos. Lucharon hasta que nadie quedó en pie, “un empate”, dijeron, pero el alma del general detuvo a Hayden e hizo ganar a los mellizos.

—¡GANAMOS! —gritaron emocionados los niños. Y fueron corriendo a rescatar al Oráculo con un gran abrazo y un emotivo reencuentro.

Mientras, Hayden veía su derrota en el piso, y recordaba la persona que era antes: alguien muy cumplido, cariñoso y bondadoso. Veía también sus errores desde la trágica pérdida de sus padres, y cómo todos sus sueños fueron ignorados cuando sus actitudes empezaron a cambiar para mal. Hayden se acercó lentamente al Oráculo Matemágico y dijo, apenado:

—Perdónenme...

—Hayden, ¿recuerdas cuando hace unos meses eras malo? —habían pasado tres meses desde los aconteci-

mientos en la dimensión matemágica, y ahora Joaquín y Sofía estaban hablando con Hayden por WhatsApp.

—Sí recuerdo... La verdad, me arrepiento de eso.

—Y pensar que de la noche a la mañana pasamos de enemigos a amigos.

—¡Sí! Pero, chicos, les quiero decir algo. Creé un nuevo dragón para las cartas matemágicas cuando era malo y era mi plan maestro, pero se fue de mis manos y ahora causa caos en la dimensión matemágica. Necesito que el Oráculo Matemágico me ayude.

—Hayden, cuenta con nosotros.

—Muchas gracias, amigos.

CONTINUARÁ...